

## Discurso de agradecimiento en la ceremonia de entrega de los Premios Fundación BBVA a la Conservación de la Biodiversidad

José Luis Gallego

Permítanme que en primer lugar exprese mi profundo agradecimiento a los miembros del jurado, y al profesor Rafael Pardo, director de la Fundación BBVA, por esta gran distinción.

Es un verdadero honor ser premiado por una entidad que tiene por principal objetivo el impulso del conocimiento. Y es que, adquirir y compartir conocimiento sobre la naturaleza, ha sido siempre mi mayor afán.

Creo firmemente que buena parte de los males que aquejan hoy en día a nuestra sociedad parten del desdén hacia la naturaleza.

Somos víctimas de ese desarraigo del entorno natural, de esa falta de vínculos afectivos con el planeta: nuestro primer y principal hogar, el lugar de dónde venimos, nuestra casa común.

He dedicado toda mi vida a conocer, conservar y contar la naturaleza.

Y a amarla. Desde que era un niño, con toda pasión.

Quiero aprovechar este breve tiempo para hablaros de amor.

Puede que a muchos les sonroje. No suele ser común que en un acto académico se recurra a la palabra amor.

Pero en verdad os digo que es mi principal compromiso con los valores de conservación de la naturaleza, el rasgo que el jurado ha tenido a bien destacar en mi labor.

Por eso definiendo su alto valor y renuncio a recurrir a un eufemismo más formal.

Amor.

Acaso no exista voz mejor definida por el diccionario: “sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser”.

Un ser que, en mi caso, como en el de muchos de cuantos nos acompañan hoy en esta sala, es la selva, el pájaro, la montaña, el león, la mar.

Mi labor como divulgador ambiental nace de mi profundo amor a la naturaleza.

Ella es la razón de este premio pues a ella debo cuanto escribo, cuanto digo.

La divulgación ambiental es una de las herramientas más eficaces para promover el conocimiento de la biodiversidad y el reconocimiento de los importantes servicios que nos presta.

Por eso debe ejercerse desde el rigor, la honestidad informativa y la lealtad al público.

Los divulgadores ambientales somos los cronistas de la vida en el planeta, sus principales emisarios: por eso no podemos faltar a la verdad.

Cuando alertamos sobre la crisis de biodiversidad o la crisis climática, que no son dos sino la misma, debemos hacerlo desde la virtud.

Pero en mi caso también lo hago con la voluntad expresa de conectar, de llegar al otro. Ese otro del que nos habla Kapuscinski que es quien nos lee o nos escucha.

Quiero llegar a él para sensibilizarlo, para seducirlo y atraerlo al planeta, para regresarlo a la naturaleza y contarle lo que le está pasando.

Por eso, en mi caso, recorro a menudo al amor.

Amor a la naturaleza, amor al planeta, amor a la vida: la propia y la de los demás.

Amor a mi especie: a pesar de tanto, a pesar de tantos.

Muchos ven en ello demasiada pasión, demasiado ímpetu, demasiada osadía incluso.

19 de febrero de 2025

En cualquier caso, como Antonio Machado, mi verso también brota de manantial sereno.

Se ha ido templando a lo largo de mis años de aprendizaje en esas facultades del oficio que han sido para mí las redacciones de El Periódico, La Vanguardia, Onda Cero o El Confidencial.

No quisiera concluir esta declaración de amor a la naturaleza y al oficio de contarla, sin dar paso a otra en clave mucho más íntima y personal.

Acabo declarando mi amor a mi familia, a mis hijos Pablo y Lucía, y a mi mujer Ana Belén. Mi más leal compañera, mi principal apoyo y mi paisaje favorito.

El premio, amor mío, eres tú.